

discurre su novela. Visita y se entrevista con personas, conocidas o menos, que lo proveen de material informativo, de inspiración y que muy probablemente serán peones que después moverá en el tablero de su particular Cluedo al pesto toledano. Retales de conversaciones y pedacitos de muchos de nosotros están por ahí entretejidos en la trama. Búsquese, o sálvese quien pueda...

La trama de intriga policiaca -o negra si se quiere- es una declarada excusa o soporte para desplegar todo el aparato mental y vivencial que el autor posee de su Toledo natal y residencial. Como él bien dice, en realidad "es la Ciudad la verdadera protagonista", todo lo demás queda supeditado a mostrarla encadenada como en aquellos acordeones de postales que tanto éxito de venta tuvieron antes del megabit y la cámara telefónica. Postales ora panorámicas, ora detallistas, y siempre con figuras y escenas costumbristas del Toledo actual.

Sastre recurre a noticias y personajes reales, aunque camuflados bajo hechos y artificios onomásticos y toponímicos, que encuentran acomodo en dobles sentidos para obtener la cómplice hilaridad del lector. También nos topamos a veces con un discurso meta literario donde se incluye la auto-cita o la crónica autobiográfica de eventos en los que el propio autor ha estado presente. Y cómo no, aquella treta lopesca de incluir tradiciones o leyendas locales en la propia obra.

Debo decir que de cuando en cuando la narración, por un afán híper descriptivo, se desplaza un punto más allá de lo literario asemejándose al frío y televisivo doblaje para ciegos; y otras veces, emerge como una suerte de acotación propia del género dramático -que el propio autor ha cultivado-, dando cuenta de aquello que sucede o debe suceder fuera del diálogo para facilitar su puesta en escena. por eso, en algún momento el teatrillo mental del lector puede quizás verse algo desbordado.

Al igual que en las anteriores entregas, la novela está dotada de bolos

extra que, en un toma y daca, ruedan por el pinball de la novela en forma de banda sonora, de menús del día y sugerencias bibliográficas, porque no faltan a cada paso una canción que suena al fondo, o la cata de un manjar, y citas o referencias al contenido de un determinado libro o autor.

Es también una característica de la prosa de Sastre, el desdoblamiento textual entre la narración factual y la glosa puntual de su razón ética, antropológica, científica o histórica. Para ello, suele desplegar una serie de breves excursos con voluntad divulgativa de un lado y moralizante de otro, que cuando adquieren tono de moralina paternalista u opinión subjetiva sobre polémicas de actualidad, me encuentro personalmente a menudo en desacuerdo, por cuanto no comparto ciertos dejes de la particular concepción santiaguina del mundo; pero entiendo que sí sea pisto más digerible para el tipo de lector que no haya perdido aún la inocencia. En definitiva, en nuestras discrepancias sentimentales se halla la condición necesaria y suficiente de nuestra amistad. Y como Santiago afirma que para él "escribir es una forma de hacer amigos", pues eso, yo tampoco.

La buena crítica si breve nos alegramos todos. Y por aquello de no sobar demasiado ni destripar la obra, sin incurrir en pecado, aprovecho para esclarecer al lego en toledanismo, el juego léxico-semántico que va del lobo, al bolo feroz. El término "bolo" tiene en toledano varias acepciones: en sentido carnal se refiere al miembro viril, v.gr. "tócame el... Manolo"; en el plano psicológico o conductual denota una cierta inconsistencia mental, una inocente bobería, o directamente un tonto con su tontada; por otra parte, en el mundo de la farándula, hacer bolos es ir de gira fuera de Madrid, porque era aquí, a Toledo, donde mayormente se venía de jarana. Pero de dónde venga en realidad este gentilicio apócrifo, asignado a Toledo, nadie lo sabe. Unos dicen que de los clérigos toledanos que se formaban allá en Bolonia y eran llamados bolonios a su regreso. Otros que de las bolas de